

Un mediodía de Setiembre

El 24 de setiembre de 1812, sobre un terreno despejado, en las afueras de San Miguel de Tucumán, se enfrentaron dos ejércitos. El más numeroso, mejor armado y mejor instruido, era el realista, al mando del general Pío Tristán. El otro, reforzado apresuradamente con milicias de Tucumán y de las vecinas provincias del Noroeste, muy inferior en número y armamento a su contrincante, era el de los patriotas. Lo mandaba el general Manuel Belgrano.

Los soldados del rey confiaban en su superioridad logística y en su veteranía. Los patriotas confiaban en la fuerza de su empuje, en su entusiasmo, y en la Virgen de la Merced, que no les podía fallar.

Se saben los resultados. Los orgullosos realistas fueron batidos y se interrumpió así el avance victorioso que llevaban. Debieron retirarse a Salta donde, cinco meses después, Belgrano los derrotaría en toda la línea.

La Batalla de Tucumán se convirtió, así, en un acontecimiento fundamental para la Independencia Argentina. De no haber ocurrido, la suerte de la Revolución de Mayo hubiera sido problemática, con los realistas dominando el país, desde Córdoba hasta el Perú. Sin duda, hubieran podido coordinar acciones con la resistencia de Montevideo y aplastar el movimiento fundador de nuestra nacionalidad. Nada más y nada menos.

Todo eso otorga significación especial a aquel mediodía setiembre. En la más pequeña de las provincias argentinas, por decisión conjunta de Belgrano y de todo el pueblo patriota de Tucumán y de la región, se jugó el destino independiente del país.

Lo difícil: sostener la revolución

El 25 de mayo de 1810, en Buenos Aires, los criollos desalojaron al último virrey del Río de la Plata y lo sustituyeron por una Junta de Gobierno.

Pero todo el entusiasmo del pronunciamiento no libró, a los protagonistas, de una gran inquietud sobre las consecuencias de su pronunciamiento. Es verdad que controlaban Buenos Aires, pero ¿qué ocurriría con el resto del inmenso territorio que constituía el Virreinato del Río de la Plata, y que abarcaba no sólo la actual Argentina, sino también el Uruguay, Paraguay y Bolivia? Muy pronto, los acontecimientos los obligaron a actuar.

El ex virrey Santiago de Liniers, héroe de la Reconquista, se alzó contra la Junta en Córdoba, y apoyado por el gobernador y vecinos importantes, formó un pequeño ejército. Hubo que obrar velozmente para conjurar la amenaza. La Junta despachó un ejército de 1.150 hombres al mando de Francisco Antonio Ortiz de Ocampo. La fuerza llegó a Córdoba y desbarató, sin mayor esfuerzo, toda la resistencia.

Liniers y los suyos fueron apresados y, a pesar de las muchas gestiones y ruegos, la Junta dispuso que los ejecutaran. Como Ortiz de Ocampo vaciló, uno de los vocales del organismo, el doctor Juan José Castelli, viajó precipitadamente para hacer cumplir la sentencia. Así, el fusilamiento se llevó a cabo, el 26 de agosto de 1810.

Pero, tras ese escarmiento, se decidió que la expedición siguiera con rumbo norte, hacia el Alto Perú. Es que allí, a pesar de que algunos pueblos simpatizaban con el pronunciamiento de mayo, había otros que seguían leales al rey. Las tropas quedaron a cargo del

teniente coronel Antonio González Balcarce. Y avanzaron hacia el Alto Perú. El vocal Castelli iba con ellas.

Ya en territorio altoperuano, el ejército patriota fue inicialmente derrotado en Cotagaita, el 27 de octubre. Pero, en Suipacha, el 7 de noviembre, salieron triunfantes y los realistas debieron firmar un armisticio. Avanzaron entonces, internándose en el territorio. El Ejército hizo una entrada triunfal en Chuquisaca. Allí, el doctor Castelli declaró la libertad de los indígenas, pero no controló suficientemente los desbordes de su escasamente disciplinada tropa. Entre abusos diversos, menudeaban actos que ofendieron la religiosidad de los pobladores.

En junio de 1811, Castelli proclamó roto el armisticio y se dispuso a atacar al enemigo. Este le ganó de mano en el paraje de Huaqui, donde las tropas patriotas fueron totalmente batidas, el día 20. También fue derrotada su vanguardia, en Yuraicoragua. Se cancelaba así, con un enorme fracaso, la primera campaña al Alto Perú.

La retirada que siguió fue un auténtico caos. Al antes fuerte ejército triunfador de Suipacha, las desertiones lo habían dejado reducido a apenas 200 hombres, que arribaron penosamente a Jujuy. Unos 600 dispersos se habían adelantado y estaban en Salta, donde Rudecindo Alvarado los reunió y los agregó al resto. Se sumaron también las milicias de Salta, que el gobierno había acuartelado.

Belgrano, jefe del Ejército del Norte

A todo esto, la Junta dispuso, en agosto de 1811, que los jefes batidos en Huaqui fueran reemplazados por el coronel Cornelio Saavedra. Este se hizo cargo de la fuerza, pero por muy poco tiempo,

ya que la Junta, sustituida por un Triunvirato desde setiembre, ordenó que Juan Martín de Pueyrredón relevara a Saavedra. El nuevo jefe designó como segundo al coronel José Moldes, quien tomó enérgicas medidas de disciplina y reclutamiento, con lo que pudo elevar los efectivos a unos 2000.

Pueyrredón, entusiasmado, autorizó a su jefe de vanguardia, Eustoquio Díaz Vélez, a intentar (enero de 1812) un ataque a los realistas en Nazareno. Terminó en otra derrota. Entonces, Pueyrredón ordenó una apresurada retirada con rumbo a Tucumán, a la vez que solicitaba su relevo del mando.

El Triunvirato resolvió que el reemplazante de Pueyrredón sería Manuel Belgrano. Este abogado de 41 años había debido improvisarse general para conducir, de enero a marzo del año anterior, la desastrosa campaña al Paraguay. En esos momentos revistaba en las fortificaciones de Rosario, sobre el Paraná. Allí había enarbolado el mismo día de su nueva designación, 27 de febrero, sin permiso, una bandera con los colores celeste y blanco de la flamante escarapela nacional.

Belgrano partió a su destino. El 27 de marzo recibió, de manos de Pueyrredón, en Yatasto, la desvencijada tropa. Como primera medida, canceló el repliegue y contramarchó hacia el norte. Acampó primero en Campo Santo, en Salta, y el 19 de mayo instaló su cuartel general en San Salvador de Jujuy.

Los realistas iban, a todo esto, de triunfo en triunfo. En mayo, tuvieron dominada a Cochabamba. Más tranquilo, el general en jefe, José Manuel de Goyeneche, se dispuso a ocupar las provincias “arribeñas” de la actual Argentina. Encargó la misión a su primo, Pío Tristán, quien había ascendido a general por su desempeño en Huaqui. El 1° de agosto, Tristán iniciaba su campaña. Iba al mando

de 2000 soldados de infantería y 1200 de caballería, y contaba con 10 cañones.

Entretanto, en Jujuy, Belgrano luchaba con enormes dificultades para convertir en ejército ese grupo desmoralizado. Logró que Buenos Aires le enviara 40.000 pesos y 400 fusiles, a tiempo que activaba la recluta. El gobernador intendente, doctor Domingo García, le remitió 500 hombres desde Salta, y de allí arribó también el coronel Moldes, con 125 hombres equipados y montados a su costa: eran los llamados "Decididos". En Jujuy se formó un grupo similar mientras, en la Quebrada, Antonio González Balcarce multiplicaba la recluta de jinetes.

Buscando levantar el ánimo de los soldados, el 25 de mayo de 1812 Belgrano decidió enarbolar la bandera que había creado meses atrás, en Rosario. Ante una gran multitud, presentó la enseña al ejército y pueblo desde el Cabildo, y la hizo bendecir, en la Catedral, por el canónigo Gorriti. "Veis en mi mano la bandera nacional, que ya os distingue de las demás naciones del globo", arengó a la concurrencia.

El éxodo jujeño

Sabedor de que el próximo objetivo de las fuerzas reales era Jujuy, Belgrano decidió que la totalidad de la población la abandonase, sin dejar nada que pudieran aprovechar los invasores. El 29 de julio, lanzó un bando tajante. Ordenaba que todos los habitantes se unieran al ejército, llevando cuantas armas, de fuego o blancas, tuvieran en su poder o pudieran adquirir. Además, todos los "ganados vacunos, caballares, mulares y lanares" y hasta los "charquis" debían ser sacados de los campos y llevados con los

soldados. Había que hacer rápidamente la cosecha de las plantaciones, con el mismo fin, y los comerciantes debían embalar sus mercancías para remitirlas a Tucumán.

Las sanciones eran severísimas. Todo aquel que se encontrara fuera de las avanzadas del ejército, o intentara franquearlas sin pasaporte, sería fusilado en el acto, "sin forma alguna de proceso". Igual pena se prevenía a quien, "por sus conversaciones o por hechos, atentase contra la causa sagrada de la Patria, sea de la clase, estado o condición que fuese". También serían pasados por las armas "los que inspirasen desaliento", con sólo la declaración de dos testigos. Igualmente, se consideraría traidores, advertía, a "todos los que a mi primera orden no estuvieren prontos a marchar y no lo efectúen con la mayor escrupulosidad".

El terrible bando de Belgrano terminaba: "No espero que haya uno solo que me dé lugar para poner en ejecución las referidas penas, pues los verdaderos hijos de la patria me prometo que se empeñarán a ayudarme, como amantes de tan digna madre, y los desnaturalizados obedecerán ciegamente y ocultarán sus inicuas pretensiones"

Nada detuvo a Belgrano en su objetivo. "Se llevará a ejecución venciendo imposibles", decidió. Así, se formó una enorme columna de población civil cuya marcha hacia Tucumán empezó el 23 de agosto de 1812. Hombres, mujeres, niños llevando sus pertenencias, protagonizaron aquel memorable episodio conocido como el "Éxodo jujeño".

El general Belgrano fue el último en alejarse de la ciudad abandonada, después de la medianoche del 23 de agosto. Alcanzó al galope el grueso de las tropas, y con ellas siguió rumbo a Tucumán. En Salta se le incorporó el resto de las milicias y la guarnición de esa

plaza. Así, cuando los realistas entraron en Jujuy, se vieron rodeados por la más cerrada soledad. Estaba “desierta y desmantelada”, escribe Joaquín Carrillo. Tenían un “aspecto tristísimo aquellos hogares desamparados y aquellas calles mudas y tristes, después de la agradable animación de otros tiempos”. Espantado con el espectáculo, Tristán comentó, en carta a Goyeneche, que “Belgrano es imperdonable por el bando del 29 de julio”.

Desde Jujuy, los realistas despacharon avanzadas para hostilizar la retaguardia patriota, que estaba al mando del coronel Eustoquio Díaz Vélez. En Cabeza de Buey, el hostigamiento adquirió más violencia, y toda la retaguardia hubiera sido destrozada, de no mediar la intervención del cuerpo de reserva. Ello da una pauta de lo duro y difícil de la marcha, con hombres rendidos, desmoralizados y pésimamente alimentados.

Las Piedras y cambio de ruta

A todo esto, Belgrano aplicaba la máxima energía para evitar que cayera aún más la moral de la tropa. Hizo pasar por las armas a dos soldados que se separaron de la columna, e impuso severos castigos a algunos oficiales. Mientras tanto, los realistas, envalentonados ante este ejército que se retiraba, el 3 de setiembre decidieron cargar sobre su retaguardia, en las inmediaciones del río Las Piedras. El ataque fue exitoso, y, a pesar de los esfuerzos de Díaz Vélez, el enemigo logró apoderarse de dos piezas de artillería y hacerles varios prisioneros. Pero Belgrano, que no se hallaba lejos, supo aprovechar la ocasión. Amparándose en los accidentes del terreno y los bosquecillos, desplegó sus fuerzas y enfrentó a los realistas. Los puso en fuga, tras matarles una veintena de soldados,

además de tomar prisioneros y armamento, y rescatar gran parte de los capturados.

Este combate, si militarmente no tenía trascendencia, resultó clave para insuflar una nueva moral en los soldados. Los fortaleció haberse demostrado, a sí mismos, que todavía eran capaces de triunfar sobre una avanzada enemiga.

Luego de la acción, Belgrano meditaba sobre sus próximos pasos. Las órdenes del Triunvirato, en su poder, eran claras. Si los realistas llegaban a ocupar Salta -cosa que en esos momentos estaban haciendo- y marchaban sobre Tucumán, el Ejército del Norte debía retirarse hasta Córdoba sin presentar batalla. Pero el general calibraba la posibilidad de quedarse en Tucumán y resistir desde allí. Claro que se trataba de una variante muy grave, y todavía no se había decidido a adoptarla.

En Yatasto, el camino se divide en dos. Uno, el llamado “de las carretas”, llevaba a Córdoba, por Santiago, y rozaba territorio tucumano sin pasar por la ciudad. El otro conducía a la ciudad de Tucumán, directamente. Belgrano optó por el primero, y acampó en La Encrucijada, paraje de Burruyacu, como paso previo a internarse en territorio de Santiago.

Mientras tanto la vanguardia realista, rehecha después de Las Piedras, hizo alto cerca de Metán, a la espera de refuerzos antes de avanzar hacia Tucumán. Descontaban que Belgrano seguiría a Santiago, dado el camino que había adoptado, y por eso, sin apuro, se demoraron varios días en Metán. Ese margen iba a resultar precioso para el ejército patriota.

Alto en Tucumán

Desde La Encrucijada, Belgrano envió a Tucumán al coronel Juan Ramón Balcarce. Su misión era recoger todas las armas que hubiese disponibles en esa ciudad, y reclutar hombres para que engrosaran la tropa. Debía examinar, además, el espíritu de la gente, para pulsar la dimensión de su apoyo al Ejército.

La población se inquietó de inmediato ante la presencia de Balcarce. Si los realistas avanzaban, cuando entrasen los hallarían desarmados y lejos del Ejército. Los vecinos empezaron a congregarse, nerviosos y angustiados. La reunión importante se desarrolló en la casa de don Bernabé Aráoz. Era el personaje de mayor significación en Tucumán, por su fortuna, por su carácter decidido y por la autoridad que ejercía sobre los hombres de la campaña. Resolvió, y lo apoyaron todos, requerir a Balcarce que el Ejército detuviera su repliegue y enfrentara a los realistas en Tucumán, para lo cual ofrecían brindarle toda clase de ayuda.

Y, para reforzar la oferta, partió una comisión a La Encrucijada. La encabezaba don Bernabé con su pariente, el doctor Pedro Miguel Aráoz, clérigo de gran prestigio en la ciudad, y también el coronel Rudecindo Alvarado. El general escuchó sus razones y les expuso que quedarse implicaba desobedecer las órdenes que tenía. Pero, en el fondo, estaba inclinado a complacerlos. Les dijo, finalmente, que detendría su marcha en Tucumán, si le aportaban 20.000 pesos para socorro de la tropa y un millar de hombres de caballería. Aráoz prometió que le entregaría el doble.

La decisión, entonces, quedó tomada. El Ejército se haría fuerte en Tucumán, y allí enfrentaría a los realistas.

La ciudad arribeña

Resuelto Belgrano a afrontar el desafío de tan incierto resultado, toda la provincia entra en febril actividad. El tiempo apremia, ya que los realistas van a moverse desde Metán en cualquier momento. Es urgente reforzar el Ejército del Norte y preparar la inminente batalla. El general levanta el campamento de Burruyacu, y el 11 de setiembre por la noche, entra en la ciudad con su exhausta tropa.

Se trata de una aldea poblada por cuatro a cinco mil habitantes. En el perímetro urbano ceñido por sus calles “de ronda”, se agruparían unas 700 viviendas, entre casas de un sola planta y ranchos techados de paja. El Cabildo y sus cuatro humildes iglesias, eran los edificios más importantes de esta población cuya vida se desperzaba alrededor de una plaza con yuyales y lagunas.

No existía más escuela que la de los Padres Franciscanos, y por cierto carecía de imprenta o de bibliotecas. Por sus desparejas calles de tierra, cruzaban jinetes y carretas. Las diversiones del pueblo se agotaban en dos mesas de billar y otras tantas canchas de bochas, además de las carreras cuadreras, el juego de la sortija y las reuniones, en casas o en pulperías, donde con guitarra, arpa, violín y bombo, se bailaba y se cantaba la vidalita.

Su vida económica se asentaba en campos famosamente fértiles y en grandes bosques: el trigo, el tabaco, las suelas y las maderas, materia prima de sólidas y muy buscadas carretas, mantenían al vecindario, a mil doscientos kilómetros de Buenos Aires.

Las vísperas del gran día

Toda esa ciudad, y con ella la campaña, se moviliza de acuerdo a las exigencias de la hora. Aráoz y su poderosa familia son los animadores principales en la obtención de dinero, hombres, armas y

cabalgaduras. Belgrano escribe a Buenos Aires explicando los motivos de su decisión. "La gente de esta jurisdicción se ha decidido a sacrificarse con nosotros. Es de necesidad aprovechar tan nobles sentimientos, que son obra del cielo, que tal vez empieza a protegernos para humillar la soberbia con que vienen los enemigos". El general se prodigaba en esfuerzos día y noche, junto con su Estado Mayor, para organizar la resistencia. Sus cabalgaduras no se desensillaban en toda la jornada, recorriendo, de una punta a otra, los preparativos.

Su plan era presentar batalla en las cercanías de la ciudad, de manera que, en caso de derrota, pudiera retroceder y resistir desde el núcleo urbano. Así, instaló artillería en toda la zona de la plaza, abrió fosos y cavó trincheras en las esquinas. Quedó allí una pequeña guarnición, mientras el resto del ejército acampó en las afueras.

A todo esto, los realistas ni soñaban que Belgrano estuviera dispuesto a resistir. La vanguardia del rey empezó a moverse desde el campamento de Metán y entró en territorio tucumano. Uno de los oficiales, el coronel Agustín Huici, célebre en el Alto Perú por sus abusos y crueldades, entró confiado en el pueblo de Trancas, con su ayudante Negreiros y el fraile capellán Juan Antonio Ibarreche. No sospechaba que estaba allí una partida de los nuevos reclutas tucumanos. Al mando del capitán Esteban Figueroa, cayó sobre ellos y los hizo prisioneros.

Tristán, al enterarse del episodio, remitió una nota a Belgrano, a quien suponía en retirada. Lo intimaba a dejar en libertad al coronel Huici y, jactanciosamente, fechaba sus líneas en el "Campamento del Ejército Grande, a 15 de setiembre de 1812". A su respuesta, negativa, Belgrano la fechó en el "Campamento del Ejército Chico, a 17 de setiembre de 1812". Mitre comenta que este rasgo de buen

humor, "prueba el equilibrio de su alma en aquellos momentos verdaderamente solemnes".

Buscando darle un escarmiento, Tristán avanzó más rápidamente, desde Trancas. El 22 de setiembre llegaba a Tapia. Pero nadie les informaba sobre los preparativos de Belgrano, porque sólo encontraban ranchos vacíos. En la tarde del día siguiente, 23, Tristán llegaba a Los Nogales. Allí decidió acampar. Su propósito era iniciar, al día siguiente, lo que pensaba sería una entrada triunfal en Tucumán. Había sido tan fácil ocupar Jujuy y Salta, que no pensaba tener inconveniente alguno. A su vez Belgrano, con algunos hombres, se situó al noroeste, sobre una altura que formaban la cañada de Los Nogales y la Puerta Grande, en el antiguo camino a Santiago. Desde allí, comprobó que los realistas acampaban y se volvió a la ciudad.

La noche del miércoles 23 y la madrugada del jueves 24 de setiembre de 1812, fueron de gran tensión. Las perspectivas eran más que suficientes para inquietar. El ejército realista tenía más de 3.000 hombres de línea, infantes la mayoría, todos bien armados y con experiencia de veteranos, además de una artillería de 13 cañones.

A esa fuerza debían enfrentar los patriotas con unos 1.800 soldados, de los cuales sólo 300 eran veteranos, reforzados con las milicias de Tucumán, de Salta y de Jujuy. A último momento se les sumó un contingente de Santiago del Estero y, durante el combate, arribó el enviado por Catamarca.

A la Virgen rogando

En medio de esa tensión, en el cuartel y en las casas se rezaba a la Virgen de la Merced. Esa devoción de los tucumanos era tan

antigua como la misma ciudad, pues databa de la época de la fundación. A mediados del siglo XVIII era tan popular, que los religiosos mercedarios instituyeron la Cofradía de la Virgen, en 1744. La fiesta se celebraba todos los años el 24 de setiembre, con gran pompa, y la imagen era sacada en procesión, con asistencia de todo el vecindario.

Con motivo del inminente combate y de la proximidad de la fiesta, es de imaginar que se habían multiplicado las rogativas. Según testimonios múltiples, Belgrano, en las vísperas de la batalla, encomendó su ejército a la Virgen "a quien había confiado el triunfo". Además, el mismo jefe diría posteriormente, en el parte, que la victoria fue "alcanzada el día de Nuestra Señora de las Mercedes, bajo cuya protección nos pusimos".

Según el historiador Antonio Zinny, antes de empezar la acción, Belgrano se dirigió a las tropas diciéndoles que "la Santísima Virgen de las Mercedes, a quien he encomendado la suerte del ejército, es la que ha de arrancar a los enemigos la victoria". La tradición asegura, también, que cuando las tucumanas iban en tropel a rezar a la Virgen, el general les recomendó que "pidan al cielo milagros, que de milagros vamos a necesitar para triunfar".

Y siguen así multiplicándose los testimonios, que hablan de la devoción del general, del ejército y del pueblo. Ya en medio de la batalla, narra uno de sus protagonistas, el coronel Lorenzo Lugones, que mientras los soldados combatían, "las mujeres del patriota pueblo dirigían sus plegarias al Cielo y a la Virgen Santísima de las Mercedes".

Avanza el ejército español

El amanecer del 24 de setiembre de 1812 presagiaba un día caluroso, casi estival. El ejército realista de Pío Tristán había pasado la noche en Los Nogales, y se preparaba a marchar sobre San Miguel de Tucumán. En cuanto a los patriotas de Manuel Belgrano, tras permanecer toda la noche dentro de la ciudad, mechada de fosos y trincheras, al rayar el alba se habían colocado al norte, unas cuadras más allá de la actual plaza Urquiza.

A esa altura, los realistas ya estaban enterados de que en Tucumán había fuerzas en su espera. Lo habían podido comprobar la tarde anterior las patrullas, enviadas desde Los Nogales, y se lo habían hecho saber a Tristán. Este pensó que podía tratarse de la retaguardia del Ejército del Norte, ya que suponía a Belgrano en retirada. Pero, de todas las maneras, no dudaba que la superioridad de sus tropas, en número, armamento e instrucción, le permitirían superar con facilidad cualquier resistencia.

Tristán inició entonces su marcha, con rumbo directo a San Miguel de Tucumán. Pero antes de llegar al paraje llamado entonces La Puerta Grande, encontró que avanzaba el incendio de unos pajonales. El fuego iba adquiriendo volumen, ayudado por el viento y por la sequedad del ambiente. Los pastos habían sido encendidos por una patrulla de los patriotas, conducida por Gregorio Aráoz de La Madrid.

Frente al inconveniente, Tristán decidió torcer a la derecha y tomar lo que se llamaba, entonces y en la actualidad, Camino del Perú. El desvío les demandó casi dos leguas. Pasaron por Ojo de Agua y continuaron hasta el puente de El Manantial. Tras cruzar el puente, el jefe decidió que un batallón se desprendiera de la columna y avanzara hacia el sur, para cortar la posible comunicación con

Santiago y Córdoba. Hay que recordar este contingente, porque tendrá su papel en el trámite de la batalla. Y, al frente del grueso del ejército, ni bien superado el puente, Tristán dobló rumbo a la ciudad de Tucumán.

Mientras tanto, Belgrano ya estaba informado, por sus patrullas, de que Tristán había tomado el Camino del Perú. No dudando que a la altura del puente viraría -como lo hizo- hacia la ciudad, cambió la ubicación de las tropas. Las sacó del norte de San Miguel de Tucumán, cruzó la ciudad por las actuales calles 25 de Mayo, Mendoza y Alberdi, y fue a emplazarlas al oeste en las inmediaciones de lo que es actualmente la plaza Belgrano.

El sector donde tomaron ubicación las tropas patriotas, abarcaba gran parte del denominado "Campo de las Carreras". Belgrano desplegó sus fuerzas colocando la caballería en ambos flancos y también en la primera línea, y los infantes al frente, en tres columnas. En cada uno de los cuatro claros dejados por infantes y jinetes, se emplazó una pieza de artillería y una fracción de caballería. La línea del ejército desplegado ocuparía una decena de cuadras. Es decir que una punta llegaría hasta el actual Colegio de las Esclavas, mientras la otra tocaba el paraje conocido más tarde como "Quema de basuras", en Los Vázquez. Según su propio testimonio, el coronel José Moldes arrimó acertadas indicaciones sobre la elección del lugar y el despliegue de los soldados.

En la ciudad, habían quedado dos compañías de infantes y 6 piezas de artillería, para su defensa.

La formación de la batalla

La caballería de Belgrano se dividía en tres fracciones. La mayor estaba al mando del coronel **JUAN RAMÓN BALCARCE**, siendo jefes de sección los capitanes **CORNELIO ZELAYA** y **PEDRO ANTONIO FLORES**, y el teniente **RUDECINDO AIVARADO**. La otra fracción estaba mandada por el teniente coronel **JOSÉ BERNALDES POLLEDO**, llevando a los capitanes **FRANCISCO CASTELLANOS**, **FERMÍN VACA** y **NICOLÁS VACA**, en las jefaturas de sección. Mandaba la tercera el mayor **DIEGO GONZÁLEZ BALCARCE**, con las secciones a cargo de los capitanes **RODRÍGUEZ** y **ARÉVALO** y el teniente **RUFINO VALLE**. La infantería, en sus cuatro grupos subdivididos en 3 compañías cada uno, tenía los siguientes jefes: mayor **CARLOS FOREST** (capitanes **RAMÓN ECHEVERRÍA**, **BLAS ROJAS** y teniente 1º **JERÓNIMO HELGUERA**); teniente coronel **JOSÉ SUPERÍ** (capitán **ANTONIO VISUARA**, tenientes **RAMÓN MAURIÑO** y **BARTOLOMÉ RIVADERA**); teniente coronel **MANUEL DORREGO** (capitanes **ESTEBAN FIGUEROA**, **MANUEL PESOA** y teniente **MIGUEL SAGÁRNAGA**); teniente coronel **IGNACIO WARNES** (capitanes **MANUEL RUIZ**, **JOSÉ M. SEMPOL** y **MELCHOR TELLERÍA**). La artillería estaba al mando del **BARÓN KAINNITZ DE HOLMBERG**. Su ayudante era el capitán **JOSÉ MARÍA PAZ**, y mandaban las secciones el capitán **FRANCISCO VILLANUEVA**, tenientes **JUAN SANTAMARINA** y **JUAN P. LUNA**, y subteniente **JOSÉ VELÁZQUEZ**. En la ciudad, responsables de la defensa eran el mayor **BENITO MARTÍNEZ** y el subteniente **JUAN ZEBALLOS**. Además, en el cuartel general, estaban el mayor general **EUSTAQUIO DÍAZ VÉLEZ**, el coronel **JOSÉ MOLDES**, el coronel **APOLINARIO FIGUEROA**, el teniente coronel **FRANCISCO PICO**, los capitanes **AMARO BILBAO** y **EUSTAQUIO MOLDES** y los tenientes **ALEJANDRO HEREDIA** y **MANUEL DE LA VAQUERA**.

La batalla

Serían las 11 de la mañana, cuando el ejército realista convergía sobre la ciudad, desde El Manantial, por el camino llamado "de Los Tres Palos". La tropa iba tan confiada como sus oficiales. Ni siquiera habían montado alguno de sus 13 cañones, y los tenían que desarmados, con las piezas distribuidas sobre las mulas. Tanto confiaba Tristán en que esto sería un paseo, que en El Manantial había encargado a un aguatero que le llevase una pipa a la ciudad, porque pensaba darse un baño al mediodía.

De ese modo, constituyó una terrible sorpresa encontrarse, de manos a boca, con el Ejército del Norte desplegado en línea de batalla. Rápidamente, los realistas trataron de desplegarse a su vez, pero sólo consiguieron hacerlo parcialmente. Ya avanzaban sobre ellos, disparando sus fusiles, las avanzadas de la infantería de Belgrano.

La artillería patriota, por orden del barón de Holmberg, entró en acción de inmediato, dirigiendo certeramente su fuego. Esto aumentó el desorden y la nerviosidad con que se desplegaba la infantería realista, e hizo que Tristán no pudiera armar sus cañones, que le hubieran sido de preciosa ayuda.

Belgrano estaba, ese día, muy enfermo. Tan fuertes habían sido sus vómitos esa mañana, que decidió dirigir la acción desde un carretón. Pero luego se sintió restablecido y pudo montar a caballo. Al dispararse el primer cañonazo, el animal se encabritó y arrojó al suelo a su jinete. El incidente, que recuerda José María Paz, causó confusión, porque se pensó que el jefe había quedado herido. No ocurrió así y volvió a montar.

Dio orden de cargar a su caballería del ala derecha, a las órdenes del coronel Balcarce. Esta entró en acción. Hizo un pequeño desvío para evitar el fuego de la infantería, y cayó sobre ella por detrás. Bajo su empuje, fue arrasada también la infantería que aún no había podido entrar en línea, se puso en fuga la caballería de Tarija y fue desbaratada la de Arequipa, que custodiaba el convoy de bagajes. Es decir que este movimiento, ordenado por Belgrano con toda precisión, tuvo un éxito demoledor.

El regimiento de Dragones y los “Decididos” de Tucumán, que integraban ese grupo de unos 500 hombres, cargó con tremendo ímpetu, golpeando los guardamontes y dando salvajes alaridos. Claro que tan exitosa maniobra del ala derecha se empañó, porque los soldados se entretuvieron luego en el saqueo de bagajes. Pero, unida su acción a la artillería derecha y a la infantería de Forest, habían logrado el gran objetivo de desarmar y hacer retirar en desorden, hacia el puente de El Manantial, a toda el ala izquierda enemiga.

Entretanto, en el centro, las cosas, tras un primer inconveniente, ocurrieron con la misma felicidad para los patriotas. La infantería realista -en el sector que no había sido afectada por la carga de Balcarce- entró eficazmente en línea y empezó a causar serios apuros a los patriotas de Warnes, que estaban a su frente. Debió entonces actuar la reserva, a cargo de Dorrego, quien acudió rápidamente en su auxilio. Juntos, lograron que la infantería enemiga empezara a ceder terreno, desamparada como estaba por la derrota de su ala derecha de jinetes.

El embate criollo



La Batalla de Tucumán. Oleo de Francisco Fortuny

Pero aquella columna de infantería que Tristán, al cruzar el puente, había enviado hacia el sur, decidió participar en el combate. Cómodamente desplegada, acudió en apoyo del ala izquierda realista. Esta había logrado desorganizar a la caballería patriota de Bernaldes Polledo, que tenía a su frente. Entonces Belgrano galopó, desde la derecha, hacia esa crítica izquierda, para mandar que cargara. Pero, cuando llegó, ya estaban en tumultuosa retirada. No pudo contener a los fugitivos, y la desbandada lo arrastró hacia el sur, sacándolo del campo de batalla.

Fue el momento más crítico de la acción. El ala izquierda española, viéndose así libre de la caballería que tenía al frente, y sintiéndose apoyada por el batallón extra, arrolló la columna de infantes patriotas de Superí, y formó un martillo sobre la izquierda, para atacar.

En el campo, todo era confuso. Había empezado a soplar el viento con violencia: una tormenta de tierra, que luego se convirtió en lluvia. Además, una manga de langostas había aterrizado sobre el terreno donde combatían realistas y patriotas. Tristán, entretanto, había sido arrollado por sus propios fugitivos, y obligado a retirarse hacia El Manantial. Pero allí, con energía, empezó a reorganizar sus fuerzas para entrar de nuevo en acción.

Mientras esto ocurría, el mayor general Eustoquio Díaz Vélez adoptó una inteligente decisión. Tenían en su poder la mitad de la artillería enemiga y más de 500 prisioneros. Si bien habían roto en tres puntos la línea realista, no sabía las consecuencias que podía tener la acción del martillo formado sobre la izquierda, y no podía comunicarse con Belgrano. Entonces, tras una rápida consulta con los jefes de tropa, optó por retirarse a la ciudad, llevando los prisioneros y la artillería tomada al enemigo. Como la planta urbana estaba fortificada, desde allí podía resistir, en caso de que ocurriera un ataque.

Repliegue y triunfo

Tristán, cuando regresó al campo con lo que quedaba de su tropa, encontró que la batalla había concluido, y que los patriotas lo esperaban dentro de la ciudad. Además de estar protegidos por las trincheras y los cañones, acababan los criollos de capturar a las columnas españolas de parque, víveres y bagajes, que se habían dirigido atolondradamente a la ciudad sin participar en el combate.

En esas confusas circunstancias, como a dos leguas del campo de batalla, Balcarce se encontró con Belgrano, quien estaba profundamente deprimido por desconocer el resultado del encuentro,

tras el desbande que lo había marginado. Balcarce le aseguró el triunfo, pero no logró convencerlo. De todos modos, con los dispersos, se formó una columna de unos 200 hombres, con los cuales Belgrano dispuso regresar a la ciudad.

Pero, en el camino, narra José María Paz que se avistó “formado a la orilla del pueblo”, un “grueso cuerpo de tropa” que resultó ser enemigo y que disparó algunos cañonazos. A todo esto, Tristán se había situado en las afueras de la ciudad, meditando si la atacaba o no. Paz quiso, por propia iniciativa, salir de la incertidumbre y averiguar qué pasaba en San Miguel de Tucumán.

Aprovechando una comisión que le había encargado Belgrano, entró en la plaza. Se encontró la agradable novedad de que todo estaba listo para su defensa, y que se había tomado gran cantidad de prisioneros y de equipo. Se entrevistó con Díaz Vélez, a quien comunicó la posición de Belgrano, y Díaz Vélez le encomendó avisarle, sin pérdida de tiempo, su situación. Paz pudo ver al parlamentario que Tristán enviaba, intimando a rendir la plaza, y a quien Dorrego conducía con los ojos vendados. La amenaza del jefe realista era incendiar la ciudad, a lo que Díaz Vélez repuso que, en ese caso, pasaría a degüello a los realistas prisioneros.

Paz rehizo el camino hasta El Rincón con el mensaje, llevando el cual se le anticipó el salteño Apolinario Saravia. Con ánimo renovado, Belgrano encomendó a Paz recorrer las afueras para juntar a los dispersos que encontrara, faena que le demandó toda la noche. Por la mañana del 25, las cosas ya aparecieron mejores. El jefe patriota, con los hombres que había logrado reunir el día antes y los traídos por Paz, avanzó hacia la ciudad.

Se puso a la vista del ejército realista, que lo rodeaba expectante. Relata Paz que “hicieron algunos movimientos de puro aparato” y

luego, a eso de las dos de la tarde, Belgrano envió ante Tristán al arrogante coronel Moldes, para intimarle rendición. El general contestó que “las armas del Rey no se rendían”. Así pasó toda la jornada. En la ciudad, Díaz Vélez esperando, desde las trincheras, una nueva batalla; en las afueras, Belgrano con su tropa, aguardando también la decisión del enemigo.

Durante la noche del 25 al 26, la fuerza de Belgrano ejecutó “una marcha semicircular, rodeando la ciudad”, hasta llegar al arroyo Manantial. Allí supieron que el enemigo, mientras tanto, había resuelto abandonar Tucumán y retirarse a Salta. Es decir que la batalla había sido ganada, y detenido el avance realista sobre el interior de las Provincias Unidas.

Bien ha exaltado Mitre la “inmensa influencia” que la batalla de Tucumán tuvo “en los destinos de la Revolución Americana”. Si Belgrano, obedeciendo las órdenes del gobierno, se retiraba, las provincias del norte se perdían para siempre, como se perdió el Alto Perú. Y, agrega el historiador, “si se medita que, sofocada o circunscripta la revolución argentina, o simplemente paralizada en su acción externa, las expediciones sobre Montevideo, Chile, Lima, Perú y Quito no habrían tenido lugar, fuerza será convenir también que en los campos de Tucumán se salvó no sólo la revolución argentina, sino que se aceleró, si es que no se salvó en ellos, la independencia de la América del Sur”.

Según el parte de Belgrano, el ejército patriota tuvo 65 muertos y 181 heridos en la jornada de Campo de las Carreras. En cuanto a las pérdidas del enemigo, informaba que “se han enterrado 453, ignorándose todavía los muertos que existen dentro de los montes, en cuya diligencia se anda”. El total de prisioneros fue de 626. En cuanto al equipo tomado a los realistas, consistió en 7 cañones, 358

fusiles, 139 bayonetas, 39 lanzas, 40 cajones de municiones de artillería, 30 de fusil, una de lanzafuegos, 5 cajas de guerra, 81 tiendas de campaña, 17 azadas, 19 hachas, 27 artesanas, 2 resmas de papel y 2 cajones de herramientas de armería. Esto además de tres banderas y dos estandartes.

La Virgen Generala

Producida la batalla, con el triunfo de los patriotas, la gratitud de la población hacia la Virgen de la Merced fue más que visible. La procesión no había podido realizarse ese día por impedirlo el combate. Se organizó semanas después, el 27 de octubre de 1812. En sus "Memorias", José María Paz narraría en detalle aquella ceremonia.

“La devoción de Nuestra Señora de las Mercedes, ya antes muy generalizada, había subido al más alto grado con el suceso del día 24. La concurrencia (a la procesión) era pues muy numerosa, y además, asistió la oficialidad y tropa, sin armas, fuera de la pequeña escolta que es de costumbre. Quiso entonces la casualidad que en esos momentos entrara a la ciudad la división de vanguardia que regresaba de la persecución de Tristán, y el general ordenó que a caballo, llenos de sudor y polvo, como venían, siguiesen en columna detrás de la procesión; con lo que aumentó considerablemente la comitiva, y la solemnidad de aquel acto. No necesitó pintar la compunción y los sentimientos de religiosa piedad que se dejaban traslucir en los semblantes de aquel devoto vecindario, que tantos sustos y peligros había corrido; su piedad era sincera y sus votos eran, sin duda, adeptos a la divinidad”.

“Estos sentimientos tomaron mayor intensidad cuando desembocó la procesión al campo de batalla, donde aún no había acabado de borrarse la sangre que lo había enrojecido. Repentinamente, el general deja su puesto, y se dirige solo hacia las andas en donde era conducida la imagen de la advocación que se celebraba. La procesión para; las miradas de todos se dirigen a indagar la causa de esta novedad; todos están pendientes de lo que se propone el general quien, haciendo bajar las andas hasta ponerlas a su nivel, entrega el bastón que llevaba en la mano y lo acomoda, por el cordón, en las de la imagen de Mercedes. Hecho esto, vuelven los conductores a levantar las andas, y la procesión continúa majestuosamente su carrera”.

Paz recuerda que "la conmoción fue entonces universal; hay ciertas sensaciones que perderían mucho queriéndolas describir y explicar; al menos yo no me encuentro capaz de ello. Si hubo allí espíritus fuertes que ridiculizaron aquel acto, no se atrevieron a sacar la cabeza”.

Belgrano, según también narra Paz, la había hecho reconocer como "general del Ejército" después de la batalla. Cuando volvió a Tucumán, en 1817, dispuso que a la salida del sol del 24 de setiembre, se hiciera una salva de 20 cañonazos en honor a la Virgen y una formación militar, además de ordenar la asistencia de oficiales y tropa al Tedeum y a la procesión.

“Sepulcro de los tiranos”

En el parte de acción, Belgrano destacó los actos heroicos ejecutados “hasta por nuestros tambores, y por los paisanos que nunca se habían hallado en acciones de guerra”. Comparaba su decisión a los

valientes que actuaron en la Reconquista de Buenos Aires. Se detenía a ponderar “el orden, la subordinación y el entusiasmo de los reclutas de infantería, de la quebrada del Volcán, de Jujuy, de la quebrada del Toro y de Salta”. Afirmaba que “los hijos de Jujuy y Salta que nos han acompañado y los tucumanos que desde mi llegada a esta ciudad me dieron las demostraciones más positivas de sus esfuerzos y empeño de libertar la patria, comprometiéndose a que Tucumán fuese el sepulcro de la tiranía, han merecido mucho y no hallo cómo elogiarlos: a todos parecía que la mano de Dios les dirigía para llenar sus justos deseos”. A su juicio, “desde el último individuo del ejército hasta el de mayor graduación, se han comportado con el mayor honor.”¹

¹ *La Batalla de Tucumán*, Carlos Páez de la Torre (h) 1976. Folleto